

La primera parte del Quijote cumple cuatrocientos años. Sin duda, un buen momento para preguntarse por el secreto de su actualidad, de su permanencia, su perdurabilidad.

Pienso que se trata de una obra de grandes dimensiones. Tiene efectivamente cuatrocientos años y es un libro muy complejo, con una amplia gama de significados; un libro al que ya le han puesto el membrete de clásico y que, en tal condición podría marcar algunas distancias o implicar una reverencia; sin embargo su recepción indica lo contrario. Yo lo utilicé hace poco en un curso universitario en el nivel de estudios generales y la experiencia con los estudiantes fue realmente positiva. Ahora, hablando de la actualidad del Quijote y de su permanencia en el tiempo, habría que decir algunas cosas. En principio, los temas que trata son una clave: la imaginación, la libertad, el poder de la voluntad, pero es también una novela de la amistad, porque Don Quijote pelea por el amor de Dulcinea, pero al final elige la amistad de Sancho, fundando un nuevo paradigma. Si a eso le sumamos el hecho de que *Don Quijote* rompe con las expectativas del relato de su tiempo, ya tendríamos al menos el boceto de una respuesta a esta pregunta.

¿Qué caracteriza la relación entre el Quijote y Sancho?

Cuando Don Quijote es derrotado en Barcelona, en los fueros caballerescos, el todavía no renuncia a Dulcinea y propone a Sancho convertirse en pastores. Cuando renuncia a Dulcinea, renuncia al sueño y abraza la cordura para asumir nuevamente su identidad, que no es una identidad heroica y sí un anacronismo. Si Don Quijote representa de algún modo una mirada hacia el pasado y sale de La Mancha con la idea de abrazar los valores caballerescos, Sancho lucha por el salario, está inserto en la modernidad, interesado en otros intercambios. Esta novela, sin ser una novela realista —la mimesis queda aquí en cuestión—, tiene un trasfondo dramático, el fin del apogeo español y el inicio de la decadencia, se registra allí un momento de crisis muy profunda. Hay al final una transacción entre el Quijote y Sancho, ambos ven en cada uno cosas que valen la pena: no solo se quijotiza Sancho, también se sanchifica el Quijote.

Está también Dulcinea, personaje que tal vez no haya merecido la debida atención.

Entrevista a Carmela Zanelli

UNA CONVERSACIÓN CERVANTINA

Alonso Rabí Do Carmo

A propósito de los 400 años de publicación de la primera parte de Don Quijote, de Miguel de Cervantes Saavedra, sostuvimos este diálogo con Carmela Zanelli, profesora de literatura del Siglo de Oro de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). En él, se pasa revista a algunos aspectos clave de esta inimitable y maravillosa novela.

Claro, porque Dulcinea es un personaje clave, es un eje de sentido muy grande dentro de la novela. Es un símbolo, un ideal, y mientras perdura, se mantienen también unas determinadas estructuras que luego se irán diluyendo.

¿Existe en la actualidad algún consenso sobre las fuentes que han inspirado esta novela?

La pregunta da para mucho, pero habría que hablar en primer lugar de la novela picaresca, pues el propio Quijote es un antihéroe: quiere ser el héroe caballeresco típico, pero no es y en eso radica la maestría de la novela; no es tampoco un pastor de las novelas pastoriles, esos amantes idealizados, aunque desea ser un amante perfecto y casto enamorado,

además. Ahora, Cervantes nunca escribió picaresca. Sí escribió novelas pastoriles, bizantinas y exploró todas las otras fórmulas narrativas de su tiempo. Tiene personajes picarescos repartidos en sus *Novelas ejemplares*, pero nunca optó por la picaresca, que implicaba el uso de la perspectiva y la voz única que necesita esta suerte de autobiografía ficcional. ¿Por qué? Porque creo que Cervantes estaba interesado en un tipo de narrador mucho más flexible y en realidad no en uno solo, porque en el *Quijote* hay múltiples narradores, unos desautorizando a los otros.

Entre la publicación de la primera y segunda parte del Quijote —en 1605 y 1615, respectivamente— surgen imitadores y parodistas de la obra de Cervantes, pero Avellaneda debe haber sido el caso más extremo.

Sí, en efecto, el llamado “Quijote apócrifo”, título que de por sí es lapidario, sería obra, según Martín de Ricquer, del soldado Jerónimo de Pasamonte. Esta es hasta el momento una hipótesis, no se trata de una verdad aceptada. Ahora, como en cualquier otro campo del saber, el cervantismo tiene sus leyes, sus reglas, sus cánones. Lo que se puede decir hoy sobre el autor de este falso *Quijote* es que podría tratarse de alguien vinculado al entorno de Lope de Vega, porque los ataques son básicamente a Cervantes como persona. Defiende así a Lope y lleva hasta el paroxismo la nota cómica de la primera parte; pero en la verdadera segunda parte Cervantes trastoca de tal manera el espíritu del libro que la de Avellaneda, más que una segunda parte en sí, queda en todo caso relegada a una parodia de la primera, o mejor dicho, de los veinte primeros capítulos de la primera parte. En el capítulo X de la segunda parte —la cervantina— ocurre algo crucial: que Don Quijote ya no puede ver a Dulcinea, sino la realidad. A partir de ese momento todas las ventas son ventas. Por eso, por más que Sancho le dice que al frente tiene a Dulcinea más hermosa y deslumbrante que nunca, Don Quijote solamente ve a una aldeana. Ese rasgo, evidentemente, marca una enorme diferencia con su pretendido texto parodiante —el de Avellaneda—, que pierde así efectividad.

¿Cuál sería el aporte de Cervantes frente a la picaresca, por ejemplo?

En su época, Cervantes era leído como un autor cómico, es decir, un autor de rango un poco menor y más o menos desde ahí se perpetúa el tema del “ingenio lego”. Pero lo interesante es que la institución



De una edición de Don Quijote. Amsterdam, 1717.

literaria, por llamarla de alguna manera, comienza a mirar con más atención esa propuesta cervantina para redescubrirla y finalmente lo que nosotros y nuestros contemporáneos celebramos, que es el arte literario por el arte literario, es exactamente lo que hacía Cervantes. La caja de trucos a la que alude como metáfora de la escritura, el hecho de decir en el prólogo a sus *Novelas ejemplares* que es el primero en novelar en lengua castellana, por ejemplo, son indicios de la profunda conciencia que tenía Cervantes de su oficio. La picaresca, en tanto, cumple un rol social, representa la vida de estos seres desclasados de las urbes que desean acomodarse en el mundo, tener un lugar y para ello imitan a los poderosos. Cervantes, digámoslo así, hace una literatura que, en los términos en que juzgamos la picaresca, “no sirve para nada”, pero en realidad estamos hablando de una gran revolución narrativa y literaria. Y hacia allí va a orientarse el gusto literario; en ese sentido, Cervantes se adelanta al modo actual de concebir la literatura.

En otro nivel de lectura, Don Quijote tiene que ver con el universo de la textualidad. Es decir, en la novela se representan no solo las diversas instancias de la producción y circulación de los textos, sino también dos actividades fundamentales para ello: la lectura y la escritura.

Claro, allí se problematiza todo eso. La crítica, los autores, el editor, el traductor, en fin, la textualidad es un aspecto central en la novela. Y se representa también la lectura como un acto de riesgo, tema que en el siglo XX será borgeano por excelencia. Es magistral que en el capítulo III o IV de la segunda parte Don Quijote se entere por medio del bachiller que viene de Salamanca de que es personaje de una novela ya publicada y que lo primero que le preocupe sea saber si lo han retratado de manera honesta; peor aún cuando se entera de que el autor es moro, porque los moros mienten. Está preocupado porque él es un valiente caballero y, por otro lado, un casto enamorado. Y se amarga por dos cosas. Poner en demasía todos los palos que le han dado, le reprocha al autor la falta de decoro, pues podría haber dejado bien a su héroe; la otra cosa que le molesta al Quijote es que el autor de su historia pierda tanto tiempo contando historias de otros si, como dice él, “con mis pensamientos tendría para cuatro volúmenes”. Se molesta pues porque el autor que le ha tocado en suerte no se dedica solamente a él, sino que cuenta también estas

“Creo que la literatura del Siglo de Oro nos ha enseñado algo que se ve, en general, en las letras de esa época y es que hay una relación más explícita entre la literatura y los circuitos del poder. No es una casualidad que Cervantes dedique toda la segunda parte de su producción al Conde de Lemos, y es que quería ser parte de su séquito, pero no lo consiguió y murió pobre. El asunto del mecenazgo es importante en todo esto, por la cercanía que hay entre literatura y poder”.

historias interpoladas, historias que se le criticaron tanto a Cervantes.

Y que no eran nada nuevo. La misma mecánica se había empleado en La diana, de Montemayor, por ejemplo, una de las fuentes reconocibles de este modelo de construcción narrativa en Don Quijote.

Así es, y además la interpolación respondía al principio clásico de la ‘variatio’. En el *Quijote*, además, están expuestos todos los géneros narrativos de su tiempo, es como si el libro fuera una síntesis de todos los procedimientos y las técnicas contemporáneas a la novela, que sumó otros muchos aportes, por supuesto. En ese sentido, *Don Quijote* es un retrato literario más que social.

Y es también una novela llena de locos de amor.

Una lectura vertical nos lleva a ver la novela como un catálogo de géneros narrativos, como ya dije

hace un momento, pero si uno cruza ese eje vertical, va a encontrar algo que une a los personajes de todas estas historias: el hecho de ser locos de amor. Grisóstomo es un loco de amor, Cardenio es un loco de amor, hasta Luis y Doña Clara son locos de amor, que van más allá con tal de alcanzar su ideal, que en este caso es la persona amada. Se transforman, se travisten, modifican o cambian su identidad, y eso mismo es lo que hace el Quijote. De alguna manera es como si los demás personajes tuvieran una relación especular con Don Quijote, en el sentido de que todos tienen algo en común con él y esa es una clave de la unidad de la novela. La diferencia es que los errores de Don Quijote son de naturaleza física mientras que los de estos otros personajes son yerros morales y por eso su castigo es más drástico, como la muerte en el caso de Grisóstomo.

El problema del autor es otro aspecto interesante de la novela, por las ambigüedades y juegos que implica, desde el reconocimiento de Cervantes como autor en la parte exterior del libro hasta la aparición, en la ficción, de Cide Hamete, pasando por la serie de intermediarios que aparecen, como el traductor y el editor del “manuscrito”. ¿Por qué Cervantes asume en ese tiempo un rol tan camaleónico?

Creo que la literatura del Siglo de Oro nos ha enseñado algo que se ve, en general, en las letras de esa época y es que hay una relación más explícita entre la literatura y los circuitos del poder. No es una casualidad que Cervantes dedique toda la segunda parte de su producción al Conde de Lemos, y es que quería ser parte de su séquito, pero no lo consiguió y murió pobre. El asunto del mecenazgo es importante en todo esto, por la cercanía que hay entre literatura y poder. Modernamente diríamos, ante una situación así, que el intelectual o el escritor estarían hipotecando su obra al poder, pero en esos tiempos era normal. Esas máscaras que el autor inventa y sobrepone sucesivamente permiten no solamente la ironía —que ya es un logro enorme de la novela—, sino también el perspectivismo, la multitud de perspectivas en la novela. Eso es revolucionario en una sociedad de carácter autoritario y llena de verdades absolutas, pues la novela no ofrece certezas. Por otra parte, también hay que tener en cuenta que el acceso a la lectura era más bien restringido, aunque comenzaba a desarrollarse de manera incipiente algo que podríamos llamar un mercado editorial. Al publicarse el *Quijote*, la lectura estaba restringida en esencia a la corte, la iglesia y la universidad. Me gustaría ponerle punto final a este panorama sobre la novela de Cervantes haciéndole la siguiente pregunta: ¿Por qué leer Don Quijote hoy?

Primero porque no es una obra unívoca, no es un libro que te diga una sola cosa, sino muchas. En ese sentido, el libro le habla a mucha gente, el abanico de posibilidades es grande. Por otra parte es conmovedor ver a este hombre que cree en algo con esa fuerza y esa pasión, ese acto de fe creo que penetra en la conciencia de muchos lectores y es uno de sus atractivos, sin lugar a dudas. El ir más allá de uno mismo y este hermoso relato del ejercicio de la libertad son también dos ingredientes que dan al libro un carácter impermeable al tiempo. Esa es una de sus lecciones más maravillosas. ■

SEGUNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO DON
QUIXOTE DE LA
MANCHA.

Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte.
Dirigida a don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalva, Marqués de Sarria, Gentil-hombre de la Cámara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarza de la Orden de Alcántara, Virrey, Gobernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.



CON PRIVILEGIO.
En Madrid. Por Juan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N. S.